

a los misioneros jesuítas. De aquí las diligencias que hicieron para suprimir aquel renglón, y por fin, para que se pagase a los jesuítas de otro fondo de las cajas reales.

A juzgar por una carta que conservamos del Conde de Chinchón, Virrey del Perú, entiéndese que toda aquella idea de trasladar las misiones de los jesuítas, más procedía de los militares y de los oficiales reales, que de los religiosos de otras Órdenes. Escribiendo al Rey el Conde el 8 de Agosto de 1633, le dice estas palabras: «Ni de San Francisco ni de otra religión se me ha hecho ofrecimiento de servir gratis las doctrinas de los jesuítas que a Vuestra Majestad se refirió... Si fuera posible que todas las doctrinas del Perú las tuviera a su cargo los Padres de la Compañía, se les luciera diferentemente a los indios y se excusaran muchos excesos en materia de granjería que de allí se sacan, de que ya en otra ocasión, respondiendo a cédula de Vuestra Majestad, decía tengo de qué sentir» (1). Junto con esta carta, enviaba una breve relación de los trabajos apostólicos de nuestros Padres en Arauco, Buena Esperanza y Chiloé, insistiendo en que no se debía pensar en quitar a los jesuítas tan fructíferas misiones.

7. Mientras se discutía sobre este negocio en las altas regiones administrativas, los humildes misioneros de Chile continuaban en la dura faena de evangelizar a los araucanos y a los isleños de Chiloé. Por este tiempo empezó a figurar entre ellos un hombre de grata memoria en los anales de Chile. Era el P. Diego de Rosales, nacido en Madrid en 1605 y entrado en la Compañía en Lima el año 1620. Apenas terminó sus estudios, le aplicaron los Superiores a las misiones de Chile, y desde 1630 en adelante fué uno de los hombres fervorosos que regaron con sus sudores aquella viña del Señor. En estos años procuraron nuestros Padres ir levantando modestas iglesias en los pueblos de indios que se reducían a la obediencia de España. Sabemos que para el año 1638 tenían nueve iglesias en el estado de Arauco y construyeron también algunas otras en la isla de Chiloé (2). Claro está que estos edificios no eran maravillas del arte. Un vasto local rodeado de toscas paredes, cubierto con algún techo rudimentario; un modestísimo altar con los objetos indispensables para decir misa y administrar los Sacramentos: he aquí a qué se re-

(1) Archivo de Indias, 70-2-6.

(2) Santiago de Chile. Bibl. Nac. Col. Morla-Vicuña, XXIX. Información tomada el 15 de Enero de 1638 por el maestro de campo Juan Fernández Rebolledo sobre el progreso de la fe en Arauco.

ducían las iglesias de aquellas misiones. Empero en estos locales iban los indios aprendiendo poco a poco las verdades de la fe, se acostumbraban a presenciar las solemnidades del culto cristiano y se despojaban lentamente de los usos y costumbres bárbaras, propios de su gentilidad.

Y por cierto que esto de las costumbres era la mayor dificultad que padecían nuestros misioneros en aquellos países. Aunque recibiesen la fe y confesasen que era bueno lo que les enseñaban los Padres, les costaba trabajo a los araucanos desprenderse de sus fieras inclinaciones. En las anuas de 1630 observa el P. Sobrino, cuán duros se muestran los indios reducidos a recibir las costumbres cristianas. Muchos de ellos seguían en sus borracheras, se sabía que tenían ocultamente muchas mujeres y cometían crueldades atroces con los indios enemigos que cautivaban. Aduce el caso de un cacique araucano cautivado por los indios amigos, a quien el Padre misionero no pudo librar de la muerte. Los indios cristianos le abrieron, le sacaron el corazón y se lo comieron (1). Seis años después hubo de presenciar el P. Rosales otro espectáculo semejante. Apresado por nuestros indios un cacique enemigo, por más que el Padre fué a suplicar y rogar que se abstuviesen de sus habituales crueldades, nada pudo conseguir de ellos. Al cabo los indios destrozaron al cautivo y cometieron otras extravagancias con ceremonias supersticiosas (2).

Es verdad que estas atrocidades eran cometidas muchas veces por los indios amigos no cristianos todavía, pero también participaban los cristianos de la fiereza usada entre los suyos. Las cartas anuas de 1636 explican lo que se procura hacer con aquellos indios. Como los infieles suelen cometer atrocidades con los indios que cautivan, así éstos les pagan después en la misma moneda. «Los Padres, dicen las anuas, procuran irles a la mano, ya rogándoles a ellos que les perdonen y sean piadosos, ya pidiendo a los maestros de campo no les consientan ser tan inhumanos; y es fuerza permitirselo alguna vez, porque no se les puede a estos indios ir tan a la mano en los gentiles usos, con el vigor que a los del Perú o de otras naciones, así por ser éstos sin comparación más altivos, como por estar de guerra y ser fronterizos y tan poco firme su paz, que no ha mucho

(1) *Chilensis. Litt. annuae*, 1630.

(2) *Chilensis. Litt. annuae*, 1636. Estas anuas copian a la letra una carta del P. Rosales en que refiere el suceso.



se temió del principal de ellos, Catumalo, un grande alzamiento y que tenía trato doble con el enemigo. Por esta causa van los Padres poco a poco con ellos atrayéndolos con suavidad al yugo del Evangelio, esperando que la gracia de Dios y el tiempo ha de ir desarraigando de sus almas muchos vicios, ceremonias y supersticiones» (1).

En el año 1640 un suceso político fué causa de mejorar el estado de estas misiones y dió nuevos alientos a nuestros Padres para trabajar en la conversión de los infieles. Es de saber que el año 1625, después de trece años de súplicas y ruegos, había concedido Felipe IV a los de Chile hacer por fin guerra ofensiva a los araucanos. Publicada la cédula real en 1626 con extraordinarias muestras de júbilo, empezóse a disponer las armas y a invadir el territorio enemigo con grandísimos bríos y alientos. Este ímpetu creció tres años después, cuando tomó el gobierno de Chile D. Francisco Laso de la Vega, militar experimentado en los campos de Flandes y muy entendido en todos los pormenores de la milicia. Habiendo reforzado su ejército y proveídole bien, salió D. Francisco a campaña, y puede decirse que en los nueve años y cuatro meses que duró su gobierno, no dió paz a la espada, peleando sin cesar con los araucanos (2). Muchas victorias obtuvo; empero los enemigos, *rotos, pero no vencidos*, como diría el romance antiguo, se retiraban a los montes y allí perseveraban con hosca pertinacia, sin rendirse jamás al yugo español. Habiendo sucedido a D. Francisco Laso el Sr. Marqués de Baidés, empezáronse a notar ciertos indicios de aproximación entre españoles y araucanos, por estar probablemente unos y otros sobremanera cansados de tanta guerra. El Gobernador aceptó los ofrecimientos que le hicieron dos caciques principales, y los convidó para un gran parlamento que se tendría en Quillín a principios de 1641. En este parlamento se asentaron las paces entre el Marqués y varios caciques. Desde allí se encaminó el Gobernador, acompañado siempre de algún Padre de la Compañía, que muchas veces fué el P. Rosales, a otros pueblos de la Araucanía, donde estableció también pacíficas relaciones con los indios. Con esto empezó una era de paz que los jesuitas aprovecharon para promover sus misiones. Merece copiarse la carta que en 1643 dirigió el P. Rosales al ya difunto P. Luis de Valdivia, cuya muerte no era todavía conocida en Chile.

(1) *Ibid.*

(2) Sobre las campañas de D. Francisco Laso debe consultarse al P. Rosales, su compañero y amigo, en su *Historia de Chile*.

Deseando participarle las buenas nuevas que entonces había de aquellas misiones, le dirigió una carta, en que después de explicar lo que se había hecho con los indios en el terreno de la política, viniendo a los ministerios espirituales, le suministra estos datos:

«En cuanto a lo espiritual, hasta ahora no se había dado paso ninguno. Este año fuí a la campeada con el campo de Arauco. Pasamos por la costa visitando las nuevas poblaciones de amigos, y en todas partes nos salían a recibir a los caminos con camaricos. Fuíles dando noticia de Nuestro Señor y predicándoles los misterios de nuestra santa fe, que oyeron con gusto. Rezaron las oraciones con afición. En todas partes fuí poniendo cruces para que el árbol de la cruz fuese tomando posesión de las tierras que se conquistaban. Y fué providencia particular del Señor, que los primeros a quien se predicase la fe fuesen los que mataron a los Padres que V. R. envió a predicar; que la sangre de aquellos santos mártires sin duda alcanzó de Dios, en vez del castigo y la venganza, la vida eterna para esta gente miserable y sin conocimiento de Dios. Fueron los de Purén con Anganamun los que les quitaron la vida, que aunque les mataron en Elicura, no fué la gente de Elicura los que los mataron, como me lo dicen ellos cuando yo les digo que ellos mataron a los Padres que V. R. les enviaba para que les predicasen y asentasen la paz. Porque luego les echan la culpa a los de Purén, y dicen que ellos con mucho gusto habrían recibido los Padres a sus tierras, y los de Purén los vinieron a maloquear. Dos veces he entrado por la costa a predicarles, y es para alabar a Dios ver una gente, antes tan feroz, tan doméstica y tratable y cuán capaces se hacen de las cosas de Dios y el gusto con que reciben la fe.

»En la campeada se juntaron con el Gobernador todos los caciques de la costa y del litoral, y después de sus parlamentos y de haber tratado de la firmeza de la paz y que no fuesen como los otros, que tenían dos corazones, me dijo el Gobernador que les predicase los misterios de nuestra santa fe y les dijese, cómo el fin de Su Majestad en sustentar aquí las armas era para que fuesen cristianos, y que a esto se enderezaban estas paces. Prediquéles largamente, dándoles a conocer a su Criador y los medios por donde se habían de salvar, y todos dijeron que ya tenían un corazón con los cristianos y querían ser de una ley y religión y que recibirían el agua del bautismo. Pidieron algunos al Gobernador nos dejasen allá, y el P. Francisco de Vargas, flamenco, y yo, hicimos hartas instancias con el Gobernador para que nos dejase en la Imperial, que sería de gran pro-



vecho para confirmar aquellos antiguos cristianos en la fe y bautizar sus hijos. Mas como acababa de publicarse la guerra a los de la cordillera, que están cerca, no quiso, porque no corriésemos algún riesgo. He salido razonable lenguaraz, y creo que no anda en las misiones quien me gane, si no es el P. Juan Moscoso, que es criollo y ha más que la ejercita. Estamos tres Padres aquí en Arauco, tres en Buena Esperanza y cuatro en Chiloé. Mucha gente es menester ahora para estas nuevas misiones, que necesitan de operarios fervorosos. Dios nos dé su espíritu y nos lo envíe» (1).

Con tales alientos trabajaron los jesuitas durante el gobierno del Marqués de Baidés, y continuaron en el siguiente de D. Juan de Mújica. Este hombre, a poco de entrar en Chile, fué causa de graves pesadumbres para nuestros Superiores y misioneros. Influido, sin duda, por los enemigos de la Compañía, envió un informe siniestro a Su Majestad, asegurando que los jesuitas eran negligentes en evangelizar a los indios, y por eso apenas se encontraba entre ellos uno medianamente instruído en las verdades de la fe. La noticia pareció grave, sin duda, en Madrid, y se creyó conveniente que Su Majestad avisase de esto a los jesuitas de Chile. En cédula real de 28 de Agosto de 1648, decía el Rey a nuestro P. Viceprovincial, que los jesuitas eran descuidados en el trabajo de las misiones, y apuntaba al mismo tiempo que la pensión de los misioneros podría rebajarse de 800 a 500 pesos. Pero como la ejecución de esta mudanza pudiera traer sus dificultades, no había querido ponerla en práctica hasta oír lo que le escribiese Su Reverencia (2). El P. Luis Pacheco, Viceprovincial de Chile, sintió el corazón atravesado de dolor, al oír semejante reconvención de boca de Su Majestad. Con fecha 19 de Diciembre de 1649 respondió a Felipe IV, protestando que los misioneros de la Compañía cumplían con su deber y hacían cuanto podían por la salvación de aquellos indios; pero los araucanos son los hombres más duros y rebeldes que hasta ahora se han descubierto en Oriente y Occidente, en el Septentrión y Mediodía. Observa después que la pensión no se debe disminuir, porque es forzoso al misionero dar algunas limosnas y regalitos a los convertidos, y hace notar que los informes enviados por el Gobernador no tienen tanta autoridad, por haberse enviado cuando era recién venido a esta tierra (3). Efec-

(1) *Chilensis. Historia*, I, n. 13.

(2) Santiago de Chile. Bibl. Nac. Manuscritos, *Historia de Chile*, t. 13.

(3) *Ibid.* Col. *Morla-Vicuña*, XXIX. Pacheco al Rey. Concepción, 19 Diciembre 1649.

tivamente, el Gobernador Mújica reconoció después el yerro que había cometido en su informe, alabó el celo y fervor con que trabajaban los jesuitas y se mostró favorable a ellos en todo el tiempo de su gobierno.

8. Así procedía la Compañía de Jesús en Chile hacia mediados del siglo XVII. No eran muchos los operarios que cultivaban aquellas regiones. En el primer catálogo de la viceprovincia, que conservamos, y corresponde al año 1640, se dice que los religiosos de la Compañía son 79 (1). El mismo número persevera en el catálogo de 1648; y, por fin, en 1652 descende este número a 68. El estado económico de la viceprovincia dejaba bastante que desear, y padeció gravísimo quebranto en 1647, cuando un terremoto en el mes de Mayo produjo estragos lamentables en toda la ciudad de Santiago, y redujo nuestro colegio e iglesia a un montón de escombros. Según las anuas de 1648, perdió la Compañía en este terremoto más de 300.000 pesos (2). En 1640 se celebró la primera Congregación viceprovincial, y fué mandado a Roma como procurador el P. Alonso de Ovalle, nacido en Chile en 1601. Este Padre procuró que fuese declarada provincia la región de Chile; pero examinados los sujetos y los elementos de que constaba, se juzgó que sería prematura semejante erección (3). Difirióse, pues, para tiempos mejores. Entretanto, los pocos operarios de la Compañía establecidos en aquel reino solicitaban con fervor la salvación de los españoles y trabajaban incesantemente en el terreno ingrato de aquellos indios, que sólo a costa de grandes fatigas rendían poco a poco algunos frutos espirituales, que se recogían en las trojes del Señor.

(1) *Chilensis. Catalogi triennales*.

(2) *Chilensis. Litt. annuae*, 1648.

(3) En el tomo *Chilensis. Historia*, II, n. 25, puede verse un escrito, redactado, según parece, por el secretario de la Compañía, *Considerationes aliquae circa Viceprovinciam Chilensem*, en el cual se examinan las razones que presenta el P. Ovalle para erigir provincia en Chile, y se resuelve que no convencen, y que se debe esperar mejores tiempos y mayor aumento de personal, para dar ese paso.